

## FRANCISCO AYALA EN «SIGNOS DE ADMIRACION»

Si Ortega (apoyatura prologal que sale al paso en mi reencuentro con felices páginas de Juan Ramón Jiménez, que representan sus particulares fijaciones madrileñas) asentó una definición certera del prosista *Azorín* como un «primoroso sensitivo limitado», ¿de qué modo y manera intentaríamos caracterizar hoy a Francisco Ayala, en lo que este justo tributo pueda alentar a un amplio y ceñido refrendo valorativo?

¿Acaso de escritor integral, de cuerpo y alma enteros, que en cada época experimentada —literaria, histórica— muestra perfiles cuasi numismáticos?

¿O quizá de agudo cronista narrativo que, en diestra combinación de estampas, sabe ser lúdico o grave, según sople el secreto viento de la condición humana?

El revelado escepticismo de Francisco Ayala —acerca de las hipotéticas glorias que el presunto porvenir depare—, ¿armoniza o no con su indeclinable consagración —la más amorosa, pues a lo erótico, emparejado, suele remitirse— a la palabra indicada, a la grafía precisa, a las personales leyes de su ritmo y cadencia?

Temo que la claridad del discurso, la elegante dicción, el entonado componer, el bagaje de cultura y el ejercicio intelectual, la coherencia de los argumentos y tramas de Francisco Ayala hayan inducido, a no pocos ilustres críticos, a una serie de dictámenes muelles, sin advertir, lo que me permito juzgar obvio, que nos hallamos ante una de las obras más complejas de nuestras letras en este siglo.

Todo lo que sea clasificar, enmarcar a Francisco Ayala, significa una reducción de su vital y verbal misterio, un tributo en divisa devaluable, no un aprecio fidedigno, ni la conjetural aproximación que merece.

Porque tras su ironía y don satírico —de arrebujaada índole metafísica—, y al socaire de legítima seguridad académica, se debate un neto impulso de trascendencia.

Habría que apelar a los espíritus de Antonio Espina y de Max Aub en apoyo de mi terca intuición para que expliquen los motivos y sinrazones de que Francisco Ayala,

- singular exponente de las «vanguardias» hacia los años treinta;
- acusador, desde sus exilios, de sociedades en putrefacción y de la taifa de «usurpadores», que tan infortunadamente nos atañen,

produzca la impresión de ocupar sólo transitivamente esos emplazamientos como si, dentro de sus silencios y gestos afilados, no cesara de buscar el tema y la forma ideales que a cabalidad lo manifiesten.

Dada la creación de Francisco Ayala, tan rica y distintiva, el concepto esbozado constituiría uno de los máximos homenajes en ciernes.

(Mucho lo esclarecerán sus venideras *Memorias*, que a la comunal habrán de incorporarse con peso específico, y que mediante excepcional acopio de genios y figuras, de sochantres y mitrados, del testimonio de notables aconteceres, de anécdotas jugosas salpimentados, ofrecerán también los trazos a ensamblar de un autorretrato en ánima ardida.)

Incógnita a resolver asimismo en una de mis tareas privadas, ya que Francisco Ayala acompañará, en lugar señero, a otros narradores, poetas y artistas que poblarán mi futura galería (mentís a la sarnosa envidia ibérica) y que he titulado provisionalmente *Signos de admiración*.

Mientras, Francisco Ayala nos concita de nuevo y desespera, esperanzado.

MANUEL ANDUJAR

Canillas, 22  
MADRID-2